

SECO, Manuel / ANDRES, Olimpia / RAMOS, Gabino, *Diccionario del español actual*, Madrid, Aguilar, 1999, 2 vols., XXVII + 4638 pp.

Proyecto y dirección: Manuel Seco. Redacción: Olimpia Andrés y Manuel Seco. Documentación: Gabino Ramos, Olimpia Andrés y Manuel Seco. Diseño de composición: Carlos Domínguez. Composición y maquetación: Carlos Domínguez y Elena Hernández. Corrección: María Teresa de Unamuno y Gabino Ramos.

Se abre con un *Preámbulo* (pp. XI-XII). Contiene éste la justificación inicial: a diferencia de otras grandes lenguas de cultura, el español —con excepción del antecedente de R. J. Cuervo, limitado a la sintaxis, y de los dos diccionarios históricos del siglo xx, truncados— carecía de un inventario léxico realizado con una metodología científica y rigurosa. Establece luego dos premisas fundamentales: necesidad de una base documental propia y atención prestada a la sintaxis, con la repercusión correspondiente en la distribución y definición de las acepciones. Se cierra con una breve historia del trabajo emprendido, desde la idea originaria de Manuel Seco, c1970, hasta su culminación.

Viene luego un apartado *Características del diccionario* (pp. XIII-XIV). Destaca la condición innovadora. Centrado sobre el léxico español peninsular vivo de la segunda mitad del siglo xx, y prescindiendo de fuentes lexicográficas, el diccionario cuenta con un catálogo de nueva planta. Se equilibra la atención prestada al plano semántico y al sintáctico. Adopta una actitud descriptiva, es decir, no normativa, pero no renuncia a orientar al lector acerca del uso correcto. Al no precisar su manejo de conocimientos especializados, se dirige a un destinatario amplio. Datos cuantitativos: más de 4.600 páginas, unas 75.000 entradas; en cuanto al catálogo, se ha procedido al vaciado de más de 1.600 libros e impresos y de más de 300 publicaciones periódicas. Papel destacado lo han tenido los textos didácticos de nivel secundario, las obras de divulgación, las publicaciones utilitarias y sobre todo la prensa, atendiendo a la importancia de todo ello en la sociedad actual.

Una *Guía del lector* (pp. XV-XXIII) contiene las insoslayables instrucciones de manejo. Se subdivide en cuatro partes: *I. Las palabras del diccionario*; *II. Estructura del diccionario*; *III. Estructura de los artículos*; *IV. Estructura de las acepciones*. En I, se presentan y justifican los criterios seguidos para incluir o excluir las palabras. En II, se dan dos informaciones básicas: tipos de entradas (artículos y remisiones, unidades léxicas simples o compuestas, locuciones en lenguas extranjeras) y normas para unirlos o separarlos. En III, se explica la organización del contenido de los artículos (constan siempre de lema o palabra objeto de tratamiento más información acerca de ese lema), así como la distribución de acepciones. En IV, la organización del contenido de las acepciones: definición por una parte y cita ilustrativa por otra; sobre las acepciones: límites, tipología (definiciones sinonímicas y explicativas), distinción entre contenido y contorno; sobre las citas: procedencia, papel desempeñado (certifican la existencia de cada palabra o acepción y la muestran en vivo, funcionando en un contexto). Se completa con unas listas: de los signos fonéticos o no fonéticos utilizados, de las abreviaturas, de otras marcas (pp. XXIV-XXVII).

Al final del tomo II, por último, figuran dos apéndices: *I. Conjugación de los verbos*; *II. Textos citados* (autores y obras, primero; publicaciones periódicas, después).

La lectura cuidadosa de todos los preliminares, y de la *Guía* (sólo una decena de páginas), pensamos que es inexcusable para el utilizador. Si se la omite, el diccionario no dejará de ser útil, pero su rendimiento se verá más o menos mermado en función de la menor o mayor experiencia previa en el manejo de otros.

Se trata de un diccionario realmente nuevo, en el que vale la pena adentrarse. Se lo recorre como un territorio inexplorado. La ausencia de datos inertes o fantasmagóricos lo impregna de frescura, de vitalidad, reduce al mínimo la sequedad atribuible a estos repertorios. Pero, más que eso: consultándolo, se asiste a la renovación de la lengua en torno nuestro, a su deslizamiento, al cambio en el que estamos inmersos y que por eso mismo tanto nos cuesta percibir. Un diccionario con límites bien marcados, pero dentro de los cuales la amplitud y buena distribución del material per-

filan sectores de vocabulario reacios hasta ahora a dejarse captar. Las palabras tabuizadas, las palabras técnicas que se van incorporando a la lengua general, los regionalismos, las voces extranjeras mejor o peor asimiladas, los nombres de los infinitos cachivaches del consumo moderno son otros tantos aspectos que, en los diccionarios al uso, o no aparecen en absoluto o lo hacen esporádica e indiscriminadamente. Aquí, se ve moverse todo en su propia salsa. Y hay más. El hecho de que se dé preferencia a la definición sinonímica (la que puede sustituir al lema en un contexto dado) y de que se separe siempre la definición propiamente dicha de los elementos habituales del contorno, por lo general presentes en el uso vivo, resulta decisivo para el logro del anunciado equilibrio entre los planos semántico y sintáctico. Las definiciones explicativas (marcadas tipográficamente, para distinguirlas de las sinonímicas), propias de las palabras gramaticales (preposiciones, conjunciones), constituyen breves pero acertadas monografías. No extraña, pues, que este diccionario se esté haciendo ya, desde su aparición, imprescindible para el conocimiento del español peninsular de la segunda mitad del siglo xx.

Destacaremos también la calidad tipográfica. La composición y maquetación facilitan y aligeran la consulta. Hasta donde lo permiten la doble columna, lo reducido de los márgenes, la pequeñez de la letra y el apelmazamiento en sentido vertical de los artículos —era inevitable; de no ser así, la obra resultaría inviable, por mastodóntica—, la combinación de tipos, así como de espacios llenos y vacíos, contribuyen a orientar al usuario en sus consultas

En definitiva: este gran diccionario merece elogios calurosos. Vemos en él no sólo un logro científico de primer orden, sino también el desenlace exitoso de un esfuerzo intenso y sostenido. ¡Treinta años de trabajo! Se dice pronto. En el preámbulo y como de pasada, los autores señalan que, en 1970, sólo contaban, ante la tarea inmensa, con su entusiasmo. Y con su saber, añadiríamos. Sólo en 1994, el Grupo Santillana —hay que felicitarlo por ello— proporcionó los medios técnicos, a la altura de los tiempos, necesarios para convertir el proyecto en una realidad tangible. Resultado: un diccionario llamado a ser referencia inexcusable en la lexicografía española.

Un último comentario. Los autores dedican la obra a don Rafael Lapesa, agradeciéndole su enseñanza y su ejemplo. En su trabajo han seguido, en efecto, los pasos del gran maestro desaparecido hace muy poco. Delimitación y uso concienzudos de los materiales primero, logro progresivo de nociones y categorías sistemáticas después; en todo momento, rigor, sometimiento humilde respecto de la vasta, proteica y escurridiza complejidad de la lengua. En dos palabras: honradez intelectual. Logro científico, sí, pero —insistimos en ello— inseparable de su base moral. ¡Qué contraste con la chapucería, el oportunismo, la codicia y el politiqueo de muchos! Manuel Seco, Olimpia Andres, Gabino Ramos y cuantas personas han colaborado con ellos, en una u otra medida, en una u otra forma, merecen toda la gratitud de los hispanohablantes.